



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

MICHAEL OHAN

En ruta hacia una nueva esclavitud

[fragmento]

Edición impresa

Michael Ohan, *En ruta hacia una nueva esclavitud* (2004)

En

Michael Ohan, *En ruta hacia una nueva esclavitud*. Madrid: Mundo negro. Segunda edición, 2006. (93-99)

Edición digital

Michael Ohan, *En ruta hacia una nueva esclavitud* (2014).
Fragmento

Inmaculada Díaz Narbona (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Febrero de 2015



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



En ruta hacia una nueva esclavitud

Michael Ohan

El tiempo pasó volando y nosotros con él. Habíamos descansado casi una hora y nuestros nervios se habían relajado con el cuento de Iyamu. Nuestra moral se había elevado un poco. Sin embargo, seguíamos hambrientos. Las historias no llenan el estómago y las risas tampoco. La luna había empezado a caer y sólo veíamos su reflejo cuando volvimos a reanudar la marcha.

Nuestra situación se hizo crítica al mediodía del día siguiente. El sol había salido con toda su ferocidad y nuestra hambre y sed se habían intensificado. A ninguno le quedaba agua en su botella. El calor dentro de mí me recordaba la descripción bíblica del infierno. Mi lengua estaba reseca. A algunos nos rechinaban los dientes. Otros se provocaban el llanto para poder lamer sus lágrimas. Por supuesto, una lágrima en la lengua puede ayudar mucho, a falta de agua, cuando te encuentras bajo el feroz y ardiente calor del desierto del Sahara. Nos detuvimos en un lugar, porque nos habíamos quedado sin fuerza para seguir.

Mientras algunos intentábamos sacar algunas lágrimas fuera de los ojos, Faisal Raman se levantó de donde estaba sentado y se alejó unos cinco metros. Descolgó la botella de su hombro, se puso de cuclillas tras desabrocharse la bragueta de los pantalones y, ante los ojos de todos, se puso a orinar dentro de la misma. No necesité que me dijeran qué estaba haciendo, ni tampoco Nosa que, inmediatamente, me miró a los ojos. Quería reír, pero no me quedaban fuerzas. Entonces, ante la curiosa mirada de todos, Faisal se llevó la botella a los labios, tomó un trago y sonrió.

Como si la sonrisa de Faisal fuera una señal para los demás, todos se levantaron y se dispersaron para orinar en sus respectivas botellas y beber de ellas.

- ¿Qué te parece?- pregunté a Nosa.

- ¿Qué quieres decir con qué te parece? -me replicó. Vamos, levántate.

Se puso de pie y me ayudó a hacer lo mismo.

- La orina es medicinal. Recuerdo haber visto una vez a la guapísima actriz nigeriana Regina Askia beber su propia orina en un programa de televisión.

- ¿Estás seguro, Nosa?

- Por supuesto que estoy seguro. Además, Faisal está acostumbrado a este tipo de expediciones y estoy seguro de que no es la primera vez que bebe su propia orina. Y sigue vivo.

Eso ayudó a convencerme un poco. De todas formas, no tenía otra opción. Nosa y yo imitamos a los demás, orinamos en nuestras botellas y bebimos nuestra propia orina. Lo hicimos todos, incluido Igbinosa, que también nos aconsejó tomar sólo pequeños sorbos porque podrían pasar doce horas antes de que nuestros cuerpos acumularan orina suficiente para volver a repetir la operación.

Sin embargo, cuando decidimos continuar nuestro camino, dos chicas no pudieron levantarse del suelo. Una de ellas, llamada Ijojo, tenía tan sólo quince años y la otra, Franca, veintiuno. Ambas

tenían fiebre, estaban tiritando y les castañeteaban los dientes. Estaban muy débiles y pálidas. No aguantaban de pie cuando las ayudamos a levantarse. Cada vez que intentábamos alzarlas volvían a derrumbarse a causa de la debilidad. Apenas podían hablar.

Por eso, Igbinosa sugirió que nos turnáramos, de dos en dos, para ayudar a llevar a las dos chicas con nosotros. En aquel momento pensé que todavía no se había dado cuenta que todos estábamos haciendo un esfuerzo extra para continuar; y, por lo tanto, acarrear a alguien más era prácticamente imposible. En cuanto Igbinosa mencionó la idea de ayudar a las dos chicas, todos se giraron y comenzaron a caminar.

Me quedé allí, mirando horrorizada, cómo se alejaban de nuestras desvalidas compañeras, que habían formado parte del grupo y que eran amigas de algunos. Dos chicas que habían viajado con nosotros, dormido con nosotros, comido y bebido con nosotros; muchachas que habían sufrido con nosotros durante más de una semana. De mis ojos brotaron algunas lágrimas. Nosa, que había permanecido allí conmigo, me empujó hacia delante. También nosotros nos alejamos de las dos chicas. Igbinosa fue la última persona que la abandonó. Miré atrás y vi la triste, muy triste, expresión de sus rostros, cuando él se forzó a sí mismo a marcharse.

- ¡Oh Dios, Dios mío! -gemí, cogiendo a Nosa por la cintura. Creo que estoy soñando y que me despertaré pronto de esta horrible pesadilla.

Nosa sólo pudo acariciarme la cabeza y secarme las lágrimas. No dijo nada.

- Escucha, Rhoda, si caigo enfermo y no puedo seguir, espero que hagas exactamente lo mismo que todos acabamos de hacer, ¿vale? Sabes que no tendrás otra alternativa. Tendrás que continuar.

- Creo que estás loco.

- No, no lo estoy. Soy más bien realista.

- ¿Quieres decir que harías eso si yo enfermara?

Nosa se quedó callado y miró para otro lado, sacudiendo su cabeza despacio. Se mordió el labio inferior, sin mirarme, y dijo:

- No lo sé. No sé lo que haría, Rhoda.

Cuando se dio la vuelta para mirarme, tenía lágrimas en los ojos.

- Ojalá hubiera muerto antes, como Carol y Daniel -dijo. Esos dos descansan en paz, ya no experimentan este horror y miseria que estamos viviendo, y, al final, a lo mejor acabamos muriendo como ellos, después de tantos sufrimientos y penas.

Igbinosa nos había alcanzado y, al adelantarnos, nos dijo:

- Vamos, moveos un poco más deprisa y unámonos a los demás.

El viaje continuó, pero en una atmósfera de tristeza. Tomamos continuamente sorbos de orina de nuestras botellas para calmar nuestra sed. Algunos andaban diez o doce pasos y se paraban para descansar. Ya no caminábamos en grupo, sino en una hilera que se estiraba en un espacio de cien metros, con Nosa y yo misma en el medio. Igbinosa se había colocado a propósito en la cola de la

"procesión", alentando y animando a los que querían abandonar. Algunos habíamos deseado abandonar, otros habían querido llorar, pero sus ojos no producían lágrimas. Estábamos todos deshidratados, casi como el pescado barato *bonga* que mi madre solía comprar en el mercado local para hacer sopa.

Cuando me miraba a mí misma, me di cuenta de que estaba muy delgada. Nosa y todos los demás también habían perdido peso drásticamente y en nuestra piel habían aparecido escamas. Me imaginé nuestros huesos blanqueados y desechados por los buitres, descubiertos por otros que harían esta misma ruta más tarde o, quizás, abandonados para siempre en el desierto.

Pasadas las cuatro de ese mismo día, otros dos integrantes del grupo cayeron y no pudieron levantarse. Esta vez, fueron un chico y una chica. La chica se llamaba Esosa y el chico Matthew. Yo misma me habría desplomado, si no me hubiera sujetado Nosa. Cuando esos dos se derrumbaron, Igbinosa gritó para avisarnos y pidió que nos detuviéramos todos para ver si se podía hacer algo por ellos. Pero nadie se dio por aludido.

Ya no nos preocupábamos los unos de los otros, porque sabíamos que nuestro propio hundimiento era cuestión de tiempo; tal vez de minutos. Había llegado para nosotros el momento de "cada uno a lo suyo", como le pasó a aquel infortunado grupo, cuya historia nos había contado Nosa al principio del viaje. Esosa y Matthew quedaron abandonados, para morir a causa del hambre y del calor del desierto en el sitio donde cayeron.

Los demás no pudimos caminar más de dos kilómetros. Los que iban delante, incluidos el conductor del camión y Faisal, fueron los primeros en desplomarse. Cuando llegamos a donde estaban tirados, también nosotros nos sentimos paralizados y al borde del desmayo. No podíamos levantar ni un pie. Nos derrumbamos, como una rueda pinchada, y nos tendimos en el suelo esperando lo inevitable. Algunos luchamos para abrir los labios y musitar nuestras últimas oraciones.

Tampoco la rata del desierto, Igbinosa, alias Diablo Rojo, podía continuar. Aunque me imaginé que todavía le quedaban fuerzas, no podía seguir solo. Además, ¿cuánto más habría podido avanzar antes de desplomarse también? No sabíamos a qué distancia estábamos de la civilización. El desierto parecía un océano. Sólo podíamos ver el mar de arena que se extendía hacia ninguna parte. No se oía ningún ruido, ni siquiera nuestra propia respiración. El lugar parecía un cementerio.

Entonces, de repente, aparecieron varios buitres en el cielo, revoloteando sobre nosotros. Empecé a llorar en mi interior. Primero apareció un buitre, luego fueron tres, después cuatro... En quince minutos llenaron el cielo y algunos se posaron a unos ochenta metros de donde estábamos. Lo que les había impedido caer directamente sobre nosotros fue que algunos todavía podíamos levantar las manos o mover las piernas. Además, uno de los chicos llamado Monday, que había pedido a Ivie que, a cambio de los treinta dólares que le quedaban, orinara en su botella para poder beber cuando agotó su propia orina, había entrado en coma epiléptico. El continuo movimiento de su cuerpo contribuyó a mantener alejados a los buitres.

De pronto, empecé a oír un tenue ruido procedente de alguna parte. Pensé que eran moscas que se congregaban para tomar la parte que les correspondía de nuestros cadáveres. Sin embargo, el sonido crecía cada vez más fuerte en mis oídos, lo que me hizo pensar que había muerto y que probablemente estaba escuchando el rechinar de la puerta del cielo o del infierno. Entonces me desvanecí.